

I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2015.

La experiencia del género: articulaciones entre lenguaje, experiencia e identidad en la teoría feminista y los estudios de género.

Garazi, Débora.

Cita:

Garazi, Débora (2015). *La experiencia del género: articulaciones entre lenguaje, experiencia e identidad en la teoría feminista y los estudios de género. I Congreso Latinoamericano de Teoría Social. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-079/174>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

I Congreso Latinoamericano De Teoría Social

“¿Por qué la Teoría Social? Las posibilidades críticas de los abordajes
clásicos, contemporáneos y emergentes”

19 al 21 de agosto de 2015

Autora: Débora Garazi

Pertenencia institucional: CONICET-UNMdP

E-mail: deboragarazi@gmail.com

Mesa temática: Mesa 31 | Experiencia, género, clase y etnia en la teoría feminista

Título:

La experiencia del género: articulaciones entre lenguaje, experiencia e identidad en la teoría feminista y los estudios de género.

Las disciplinas y los conceptos no son inmóviles, se encuentran en constante tránsito (Lacpra, 2006) o, como dijera Mieke Bal, en “viaje”. Así como las fronteras de las disciplinas se alteran, se definen y re-definen continuamente, los conceptos se desplazan ya sea entre comunidades académicas, entre períodos históricos o, incluso, entre disciplinas o al interior de ellas. Los conceptos son entendidos en el sentido que les da Bal, es decir, como espacios de debate que ofrecen en sí mismos teorías en miniatura. De esta forma, los significados, los alcances y valores operativos de las teorías y de los conceptos van mutando a medida que “viajan” (Bal, 2002).

Particularmente, a lo largo del siglo XX la Historia ha sufrido muchas transformaciones en las que la incorporación de nuevos sujetos a su análisis fue central para redefinir no sólo a la disciplina en sí, sino sus problemas, conceptos, perspectivas, metodologías, fuentes, etc. Sin embargo, hay ciertos conceptos que aunque con distintas interpretaciones, definiciones o implicancias teóricas, aparecen de modo recurrente. Uno de ellos ha sido el de *experiencia*. Aunque ya presente en las producciones y reflexiones de filósofos e historiadores de fines del siglo XIX y principios del XX como Dilthey o Collingwood, dicha noción adquirió cada vez más fuerza e importancia dentro del campo historiográfico con el auge de la Historia Social a mediados del siglo pasado. Uno de sus intereses fue la recuperación de las voces y experiencias de los grupos subordinados u oprimidos, hasta entonces ignorados por la disciplina.

En ese contexto, la experiencia se erigió como un factor central para abordar cuestiones vinculadas a las identidades de los sujetos ya sean individuales o colectivos. Sin embargo, no

todas las corrientes historiográficas ni, aún dentro de ellas, los historiadores e historiadoras han establecido las mismas articulaciones entre ambos. Particularmente, los diálogos establecidos a partir de las décadas del sesenta y setenta entre la historiografía, la teoría feminista y los estudios de género, en relación con los denominados “giro lingüístico” y “giro cultural”, constituyeron una nueva forma de concebir dicha articulación.

Esta ponencia tiene dos objetivos específicos estrechamente vinculados. En primer lugar analizaremos cómo algunas vertientes de la teoría feminista han contribuido a desafiar las concepciones esencialistas sobre el sujeto a través de la relación que ha establecido entre experiencia, identidad y lenguaje. La incorporación del lenguaje y del discurso como dimensiones axiales para la comprensión de la formación de las identidades fue uno de los recursos de los que se sirvieron algunas teóricas feministas para abordar, en primer lugar, la construcción genérica de los sujetos. Luego, con esa misma lógica, se propusieron abordar la formación de otras identidades ancladas en diversas experiencias (clasistas, raciales, étnicas, religiosas, nacionales, familiares, laborales, etc.).

En relación con ello, nuestro segundo objetivo es reflexionar en torno a la utilidad de la incorporación de teoría a la Historia como disciplina. Al igual que otras Ciencias Sociales, la Historia ha incorporado enfoques teóricos a sus explicaciones y se ha mostrado que el empleo de categorías y teorías como herramientas teórico-metodológicas reviste gran utilidad para la investigación histórica. No obstante, al mismo tiempo también se han destacado las limitaciones que podría imponer la teoría para abordar procesos que presentan especificidades y características propias acordes a un contexto social, espacial y temporal determinados (Burke, 1987). En ese sentido, nos proponemos ponderar cuáles son las potencialidades y las limitaciones de algunas teorías feministas para abordar procesos históricos. Partiendo de la idea de que el conocimiento y la producción teórica tienen un carácter situado, nos ponemos a analizar qué teoría feminista o qué aspectos de las teorías feministas podrían enriquecer la construcción de objetos de estudios, análisis e interpretación de procesos históricos latinoamericanos.

Si la teoría feminista (particularmente anglosajona) ha destacado los vínculos entre el lenguaje, la experiencia y la formación de las identidades de los sujetos, entendemos que ese debe ser un punto de partida para reflexionar en torno a los modos en que abordamos a sujetos históricos situados en contextos disímiles. En pos de estos objetivos la ponencia estará estructurada en tres apartados. En el primero, revisaremos algunas de las formas en que ha sido empleada la noción de experiencia en la historiografía, especialmente en la Historia Social de los años sesenta y setenta. En el segundo apartado analizaremos las críticas que el

feminismo ha realizado a dichas concepciones y mostraremos los aportes que dentro de esta problemática han realizado algunas teorías feministas, brindando nuevas herramientas teóricas y categorías para abordar los procesos de construcción de subjetividades. En un tercer apartado pondremos en consideración la utilidad de dichas teorías pensadas en y para otras latitudes para abordar procesos locales, indagando en aquellos aspectos que consideramos que pueden ser aplicables y aquellos que no. Sin pretensiones de exhaustividad, presentaremos posibles formas en que, entendemos, podrían articularse la indagación histórica y las teorías feministas sobre los sujetos.¹

I

Las teorías sobre el sujeto social y la formación de identidades han sido múltiples. Aunque sería difícil y erróneo realizar un esquema lineal puede decirse que, en determinados contextos históricos, han prevalecido ciertas formas de concebir al sujeto. Así, Stuart Hall ha realizado una clasificación que identifica tres tipos de sujetos: el sujeto del iluminismo, el sujeto sociológico² y el sujeto posmoderno (Hall, 1992).

La aparición de la idea de *sujeto posmoderno* está relacionada con la idea de que algo se ‘desestabilizó’ en la relación de ajuste entre el sujeto y la estructura social de la que hablaba el funcionalismo (autores como Talcott Parsons). De esta forma, el sujeto que había sido considerado como teniendo una identidad unificada y estable, ahora se entiende como fragmentado, compuesto de varias (y muchas veces contradictorias) identidades sociales y

¹ Cabe mencionar que la teoría feminista tributa a un campo trans y multidisciplinar en el que carece de sentido establecer una separación tradicional entre ciencias sociales, humanidades y filosofía. Tanto la incorporación de la teoría feminista a las diversas disciplinas así como el desarrollo de los estudios de género configuraron un campo de estudios que ha desafiado las fronteras disciplinares y han contribuido a construir un área común de conocimiento. Sin embargo, si bien en esta ponencia remitiremos a autoras y a aportes provenientes de distintas disciplinas el foco estará puesto en la historiografía o en los diálogos que se han establecido o podrían establecerse con ésta.

² El *sujeto del iluminismo* es un sujeto individual, totalmente centrado, donde la coherencia consigo mismo a través del tiempo es su marca identificatoria. La persona se convierte en un sujeto y el conocimiento se presenta como dependiendo de este sujeto. El sujeto del iluminismo tiene la capacidad de razonar y actuar en consecuencia y su ‘centro’ consiste en una especie de esencia interior que emerge cuando el sujeto nace y se va desarrollando con él, pero manteniéndose idéntica a lo largo de toda la vida. Este centro esencial es precisamente la identidad de la persona. Esta idea de sujeto individual y soberano se va formando entre el Renacimiento y la Ilustración y constituye una ruptura respecto de la idea de sujeto de la antigüedad (con su carga de la identidad colectiva y destino inmodificable). Como reacción a esta concepción iluminista del sujeto, y relacionado con la mayor complejidad de la sociedad que surge a partir de la Revolución Industrial, aparece lo que Stuart Hall denomina *sujeto sociológico*. Esta concepción sostiene que la esencia interior de la que habla el iluminismo en realidad no es autónoma, sino que se forma en relación a los ‘otros significativos’, quienes median para el sujeto los valores, significados y símbolos, es decir, lo cultural, el mundo que el sujeto habita. De ese modo, la sociología desarrolló una versión alternativa de cómo los individuos se forman subjetivamente a través de su pertenencia y participación en diversas relaciones sociales, al mismo tiempo que los procesos y las estructuras sociales se sostendrían por los distintos roles que los individuos tienen en ellas (Hall, 1992).

culturales. Este sujeto posmoderno se caracteriza por no tener una identidad ni fija, ni permanente ni esencial sino que es formado y transformado continuamente en relación con las distintas maneras en que los sujetos son representados o interpelados en los sistemas culturales a los que pertenecen. Esta idea de sujeto posmoderno es el resultado de lo que Hall denomina ‘procesos de descentramiento del sujeto’ de los que forman parte el pensamiento marxista, el psicoanálisis freudiano, los aportes teóricos de Ferdinand Saussure y de Michel Foucault y, como un factor fundamental, el feminismo (Hall, 1992). Particularmente, algunas corrientes dentro de la teoría feminista pusieron en tela de juicio las interpretaciones corrientes acerca de cómo era adquirida la identidad de género y, con ellas, la identidad en general. En sus lecturas, la noción de *experiencia*, articulada con otras, adquirió centralidad (volveremos a esta cuestión más adelante).

La noción de *experiencia* ha sido una herramienta conceptual que permitió recuperar las prácticas y vivencias de los sujetos en los procesos históricos. Sin embargo, el término no posee una única y cerrada acepción y, precisamente en esa multiplicidad de abordajes y definiciones es que radica su complejidad y su riqueza. Los debates que ha generado desde la Antigüedad hasta nuestros días dentro de un amplio campo que incluye lecturas desde la epistemología, la religión, la estética, la política hasta la historia, dan cuenta de los distintos y hasta contradictorios significados que puede adquirir un concepto al desplazarse en el tiempo, el espacio, entre disciplinas o entre pensadores.

Como ha sostenido Martín Jay, debido a la universalidad del término, ningún abordaje puede hacer justicia a las múltiples denotaciones y connotaciones que ha adquirido la palabra a lo largo del tiempo y en distintos contextos, por lo tanto es necesario realizar cierta selección (Jay, 2009). En este apartado, focalizaremos en algunas de las nociones de *experiencia* más influyentes en la Historia Social de la segunda mitad del siglo XX para luego centrarnos en las críticas y aportes que han realizado las teóricas feministas en torno a este concepto.

En este sentido, es obligatoria la referencia a los historiadores marxistas británicos quienes, en los sesenta y setenta, demostraron un constante interés en la ‘*experiencia*’ de los sujetos hasta entonces ignorados por la historiografía. En *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Edward P. Thompson advertía sobre la importancia de las experiencias comunes de los hombres y la articulación de sus intereses en la conformación de la clase. En su lectura, la experiencia estaba ampliamente determinada por las relaciones de producción en que los hombres nacían o en las que entraban de manera involuntaria. Estas se expresaban en términos culturales en tradiciones, sistemas de valores, ideas y formas institucionales. Si bien

la experiencia aparecía como algo determinado, la conciencia de clase (forma en que se expresaban esas experiencias) no lo estaba, ya que las identidades se conformaban a partir de una articulación entre dichas experiencias y la cultura (Thompson, 2012 [1963]). Esta noción combinó las ideas de influencia externa y sentir subjetivo, lo estructural y lo psicológico, lo que le proporcionó a Thompson una influencia mediadora entre el ser social y la conciencia social. La experiencia significaba ‘ser social’, las realidades vividas de la vida social, especialmente los dominios afectivos de la familia y la religión y las dimensiones simbólicas de la expresión. En relación a ello sostuvo: “los hombres y las mujeres retornan como sujetos; no como sujetos autónomos o individuos libres, sino como personas que experimentan las situaciones productivas y las relaciones dadas en que se encuentran (...) ‘elaborando’ luego su experiencia dentro de las coordenadas de su conciencia y su cultura por las vías más complejas y actuando luego a su vez sobre su propia situación” (Thompson, 1981: 253).

Si bien la obra de Thompson se desarrolló dentro del marco de ciertas tradiciones historiográficas determinadas como lo fueron el marxismo británico y la Historia Social (y dentro de ella, muy próxima a la historia económica y a la historia del trabajo y los trabajadores), al incluir aspectos de la cultura, la conciencia, la experiencia y la agencia, supuso una ruptura decisiva respecto a otras formas de marxismo caracterizados por el reduccionismo económico (Hall, 1994). En ese sentido, la obra de Thompson dio un impulso decisivo a la emergencia de los Estudios Culturales, línea de estudios en la cual la obra de Raymond Williams también ha tenido una importante incidencia. Particularmente, en *Palabras clave* (2003) Williams ha realizado un recorrido por algunos de los usos que el concepto de experiencia ha tenido desde el siglo XVIII. Allí el autor estableció que, en el siglo XX, *experiencia* adquirió dos sentidos fundamentales y, al mismo tiempo, opuestos. Por un lado, “la experiencia (presente) se propone como el fundamento necesario (inmediato y auténtico) para todo el razonamiento y análisis (subsiguientes), [por otro lado] la experiencia (...) se ve como el producto de condiciones sociales, sistemas de creencia o sistemas fundamentales de percepción y, por lo tanto, no como material de las verdades sino como evidencia de condiciones o sistemas que por definición ella no puede explicar por sí misma (Williams, 2003: 140).

Los Estudios Culturales ligados a la Historia Social supusieron una gran novedad y tuvieron una fuerte presencia en el campo historiográfico durante la década del setenta. Sin embargo, las críticas y los desafíos a esta forma de abordar la Historia no tardaron en llegar. La Historia Social fue lentamente socavada por otras maneras de entender la disciplina que desafiaron algunas de sus concepciones dominantes. El camino que llevó al desplazamiento

de la Historia Social a los márgenes y al posicionamiento de la Nueva Historia Cultural en el centro del campo no es sencillo de delimitar. Las marchas y contramarchas, las intersecciones, las bifurcaciones o las convergencias caracterizan a dicho proceso. Particularmente nos interesa rescatar los puntos de intersección entre la Historia y la teoría feminista y, específicamente, los aportes que realizaron en torno a la construcción del sujeto. Estos diálogos se dieron en un contexto intelectual en el que convergían ciertas corrientes de pensamiento que ofrecieron a los historiadores nuevos recursos y estrategias para abordar el pasado. El posestructuralismo, la teoría feminista y el pensamiento de Michel Foucault tuvieron un impacto decisivo en la redefinición de las fronteras de la disciplina (Eley, 2008).

II

En la década del '80, en el marco del denominado giro lingüístico, algunas teóricas cercanas a las corrientes postestructuralistas y preocupadas por los efectos del lenguaje, comenzaron a discutir y repensar la categoría de *experiencia* y, vinculada a ella, la de identidad. Dentro de los diálogos entre el feminismo y la historiografía, la obra de la historiadora norteamericana Joan W. Scott constituye una referencia ineludible. También hicieron aportes, aunque desde otras disciplinas y con otros intereses Judith Butler, Teresa de Lauretis, Donna Haraway, Luce Irigaray, entre otras.³

En la década del ochenta, Scott, enmarcada hasta entonces dentro de los límites ofrecidos por la Historia Social, realizó una crítica a su propia labor, sosteniendo que si bien el rescate de los sujetos sociales subalternos había permitido otorgarles un lugar ignorado hasta entonces por la historiografía tradicional, en general había tenido como contraparte una falta de problematización de las categorías de adscripción a las que pertenecían aquellos sectores. Había una tendencia a considerarlos como entidades fijas con identidades que se daban por supuestas. Desde su perspectiva, el enfoque postestructuralista, permitiría relativizar e historizar esas identidades, en tanto las trataba como configuraciones constituidas discursivamente, en una relación diferencial con otras categorías de adscripción. Así, influenciada por las obras de Derrida y Foucault, la teoría psicoanalítica, la crítica literaria y la antropología cultural (Acha, 2000; Eley, 2008), la denominada Historia pos-social, ponía en

³ Profundizaremos más en la obra de Joan W. Scott ya que sus aportes no sólo se dieron dentro del plano teórico sino que convergieron con el análisis empírico. Su obra evidencia no sólo la reflexión sobre categorías analíticas sino su operatividad para el análisis de problemas históricos determinados.

duda que la realidad social y material sea una entidad objetiva y que, debido a ello, tenga la capacidad de determinar causalmente la conducta de los actores históricos.

Una de las contribuciones más importantes de las teóricas feministas fue el sometimiento a crítica y la reformulación de la noción de lenguaje. Dentro de la historiografía de tradición marxista Gareth Stedman Jones había presentando una discusión sobre los usos del lenguaje en los historiadores del trabajo constituyendo una renovación del pensamiento en este campo. Es precisamente sobre las concepciones de lenguaje de este autor que Scott va a realizar ciertas críticas. Stedman Jones ha sostenido que si bien la retórica de la clase apela a la *experiencia* objetiva de los trabajadores, tal *experiencia* sólo existe a través de su organización conceptual, por lo tanto, lo que cuenta como experiencia no puede establecerse mediante la recolección empírica de datos sino mediante el análisis de los términos de la definición ofrecida en el discurso político. Desde esta perspectiva, los orígenes de la clase no deben buscarse en las en las condiciones materiales objetivas ni en la conciencia, sino en el lenguaje de la lucha política (Stedman Jones, 2014). La crítica que realizó Scott a esta interpretación radica en la lectura literal que Stedman Jones hizo del lenguaje, sin ninguna referencia a cómo estaban contruidos los textos. Asimismo, la historiadora criticó su idea de que el lenguaje refleja una realidad externa a sí mismo, en lugar de ser un elemento constitutivo de esa realidad (Scott, 2008).

Para Scott el lenguaje no es solamente un medio de representación de la realidad, sino que además opera como un sistema de significación, interviniendo activamente en la producción de los significados que se atribuyen al mundo real y a partir de los cuales se organiza y da sentido a la práctica. En términos de Scott el lenguaje es un sistema “mediante el cual se construye el significado y se organizan las prácticas culturales y mediante el cual, por consiguiente, las personas se representan, y comprenden su mundo, incluyendo quiénes son y cómo se relacionan con los demás” (Scott, 1992: 89). Por lo tanto, la confusión de Stedman Jones tiene su origen en el empleo de los términos –particularmente el de “clase”- como categorías objetivas del análisis social, en vez de considerarlos como identidades creadas histórica y contextualmente (Scott, 2008).

En una línea similar pero desde la filosofía, Judith Butler ha analizado la dimensión performativa del lenguaje, entendiéndolo como un acto que produce efectos. Para ella el lenguaje cumple un papel central en la construcción de las subjetividades y de la identidad. En ese sentido, su noción de sujeto se aleja de toda concepción de sujeto libre, consciente y dueño de la significación y de los efectos de sus actos y, por lo tanto, la ‘agencia’ estará a la vez limitada y posibilitada por el lenguaje (Butler, 1997, 2007). Sin embargo, la

argumentación de la autora apunta a pensar las formas de salirse de esos límites que el discurso impone. Para ello apela al concepto de ‘iterabilidad’ de Jacques Derrida, quien sostiene que todo el lenguaje está compuesto por citas, en el sentido de que siempre estamos repitiendo las palabras de otro. No obstante, ninguna repetición es idéntica a otra, y es precisamente allí donde se introduce el elemento singular, distintivo de cada individuo (Butler, 2001, 2005). El lenguaje, entendido como discurso, es un conjunto de formas conceptuales, culturalmente establecidas, de percibir, aprehender y hacer inteligible el mundo. Los conceptos, en tanto, no sólo se refieren a la realidad, sino que contribuyen a la elaboración de la imagen que tenemos de ella e influyen en el modo en que experimentamos la realidad y en el que dicha realidad incide en la construcción de subjetividades.

Estas lecturas discuten con aquellas que, aun desde el feminismo, han opuesto la naturaleza a la cultura.⁴ Donna Haraway, zoóloga y filósofa feminista, argumentó en contra del esencialismo, definido como cualquier teoría que declare identificar una causa o constitución de identidad de género o patriarcado universal, transhistórica y necesaria. En su clásico *Manifiesto para cyborgs* Haraway ha sostenido que no hay nada acerca de ser hembra que una naturalmente a las mujeres y ni siquiera existe tal estado como el de “ser” hembra, que de por sí es una categoría altamente compleja construida en discursos científicos sexuales debatidos y otras prácticas sociales (Haraway, 1991). Estas lecturas preocupadas por los procesos constitutivos de las identidades de género de los sujetos, pueden ser útiles para desestabilizar otro tipo de identidades ancladas en otras experiencias. Ahora bien, ¿cómo puede trasladarse la plano de la investigación histórica? Si para los historiadores marxistas británicos dichas experiencias estaban asentadas, en última instancia, en las condiciones materiales de vida ¿qué han planteado las historiadoras feministas frente a ello?, o ¿qué aportes conceptuales y metodológicos pensados, en un primer momento, para de-construir el género han sido recuperados para de-construir otras categorías identitarias?

A inicios de la década del noventa Joan W. Scott reflexionó en torno al uso de la experiencia como evidencia histórica, sobre todo, en la “historia de la diferencia”, que pretendía completar el registro del pasado incorporando a sujetos que habían sido desestimados por la historia tradicional: mujeres, negros, minorías sexuales, etc. (Scott, 2001). La autora sostuvo que la apelación a la experiencia como evidencia incontrovertible y

⁴ Ya en *El Segundo Sexo* (2008 [1949]) de Simone de Beauvoir podemos encontrar un antecedente de un debate muy extenso en torno a las identidades de género adquiridas por los sujetos, que aún no ha finalizado. Gayle Rubin, por citar un ejemplo, definió el concepto de sistema de sexo/género como el sistema de relaciones sociales que transforma la sexualidad biológica en productos de actividad humana y en el que se encuentran las resultantes necesidades sexuales históricamente específicas (Rubin, 1986). Frente a estas posturas que conservaban cierto carácter biologicista es que distintas teóricas feministas han alzado sus voces.

como punto originario de la explicación y del análisis, le quita impulso crítico a la historia. En general, la Historia –contradiendo en cierto punto su propia labor- ha tenido a olvidar el carácter histórico de las categorías y ha existido una tendencia a su naturalización. De esta forma, al tomar como evidentes las identidades de aquellos cuya experiencia se pretende documentar, hubo una propensión a naturalizar su diferencia, sin considerar cómo se establece la diferencia, cómo opera y de qué maneras constituye sujetos que ven el mundo y actúan en él. La propuesta de Scott, entonces, fue dirigir la atención a los procesos históricos que, a través del discurso, posicionan a los sujetos y producen sus experiencias. Su punto de partida es la premisa de que nuestro acceso a la realidad que percibimos, observamos o pretendemos conocer, nunca es directo, sino que se realiza a través de un conjunto de supuestos previos sobre el funcionamiento de esa realidad. La experiencia, por lo tanto, no es el origen de la explicación ni la evidencia definitiva, sino más bien aquello que se pretende explicar. No son los individuos los que tienen la experiencia, sino los sujetos lo que son constituidos por medio de la experiencia.

La reformulación del concepto de experiencia condujo, asimismo, a una redefinición del concepto de identidad. Scott rechaza las lecturas esencialistas, estáticas y ahistóricas de las identidades. Al igual que las experiencias, las identidades son variables, discursivamente organizadas en contextos particulares. En sus estudios sobre la identidad femenina, Scott niega que *la mujer* sea un sujeto natural, y por lo tanto universal y ahistórico. La propuesta de Scott es desentramar cómo han sido construidos los significados subjetivos y colectivos de las mujeres y los hombres como categorías de identidad. Para la autora, los sujetos no preexisten a las categorías de identidad que los definen como tales. Son dichas categorías las que, al clasificar a los individuos en función de una cierta concepción del mundo, los constituyen como sujetos y actores históricos. Las identidades no son efectos de los atributos personales de los sujetos, sino del hecho de que tales atributos son definidos como elementos constitutivos de la identidad de quienes los poseen. Por lo tanto no es el sexo, la clase o la raza lo que determina la identidad de una persona, sino el hecho de que el sexo, la clase o la raza hayan sido discursivamente establecidos, con anterioridad, como criterios o marcas de identidad (Cabrera, 2006).

Sin embargo, Scott sostiene que una vez que una identidad ha sido constituida, su proceso de constitución discursiva queda enmascarado y la identidad aparece como algo natural y estable. Pero los historiadores/as no deben olvidar la existencia de dicho proceso y la necesidad de proceder a su análisis si se quiere comprender y explicar la formación de la identidad en cuestión. La imposición de un estatus de sujeto (como por ejemplo obrero,

campesino, mujer, negro, etc.) oculta las operaciones de diferencia que subyacen a la organización de la vida social, ya que cada una de esas categorías, al ser tomadas como algo fijo, invisibiliza el proceso de construcción del sujeto y de ese modo hace que tendamos a naturalizarlo (Scott, 2001). La propuesta de Scott, siguiendo a Michel Foucault, es “historizar las categorías en el presente como si fueran realidades evidentes en sí mismas” (Scott, 2006:117). Particularmente en relación a la identidad femenina Scott sostiene que el sentimiento de identidad común de las mujeres no preexiste a su invocación, sino que es posibilitado por las fantasías que les permiten trascender la historia y la diferencia. En ese sentido, la identidad como un fenómeno continuo y coherente es, según Scott, una fantasía que borra las divisiones y las discontinuidades, las ausencias y las diferencias que separan a los sujetos en el tiempo. Para la autora, allí “donde hay evidencia de lo que parece una identidad duradera e invariable hay una historia que necesita ser explorada” (Scott, 2006: 138).

Desde una perspectiva cercana a la de Scott, Carolyn Steedman ha señalado algunos límites de la interpretación thompsoniana sobre articulación de la experiencia y la formación de la clase obrera. Por un lado destacó la ausencia de las mujeres y su concepción masculina de la clase, por otro, la omisión de una historia de la sensibilidad. En *Landscape for a Good Woman* la autora utilizó sus propias historias y las de su madre para desafiar algunas lecturas de la historia contemporánea de Gran Bretaña, apelando al uso de la voz personal. Su objetivo era brindar “las piezas y retazos desde los que se construía la identidad psicológica del yo” (Steedman citada en Eley, 2008: 260). De esta forma, Steedman mostró la naturaleza fragmentada y ambivalente de la experiencia y su estudio de caso expuso la debilidad de la teoría y la conciencia de clase cuando no logra incluir las carencias y las necesidades de los individuos. La historiadora ha focalizado en la historia de la subjetividad moderna centrándose en las posibilidades de autopresentación permitida por varios tipos de escritura y actuación pública. Su trabajo cuestionó aquellas interpretaciones aceptadas a través de un intento de recuperación de todas las subjetividades que han descuidado o negado y reconstruyó las ‘estructuras de sentimiento’ (en términos de Raymond Williams) a través de las cuales un cierto ideal de interioridad, ideas relacionadas de feminidad e infancia y un conjunto de suposiciones concernientes a la familia, la sexualidad y la vida personal podían establecer las formas de pensamiento predominantes sobre la cultura y la política desde mediados del siglo XVIII. Su enfoque relacionó las formas modernas de escritura con la formación del yo y con el concepto relacionado de interioridad y se propuso debatir lo que las

formas literarias permiten y lo que impiden en contextos históricos determinados, interesándose en cuestiones de significado, lenguaje y subjetividad (Eley, 2008).⁵

III

Como mencionamos en la introducción, la relación entre Historia y teoría ha sido conflictiva. El historiador omar acha ha sostenido que el antiteoreticismo que ha caracterizado a la historiografía ha llevado a un empirismo que considera como *cosas* a subjetividades, acontecimientos y procesos, a partir de cuya existencia la investigación histórica comienza. De esta forma, se evita historizar los objetos de estudio y se les otorga una consistencia ontológica (acha, 2000). Frente a esta forma de concebir y ejercer la práctica histórica, las teorías feministas y los estudios de género habilitaron una nueva forma de comprender la disciplina. En primer lugar, al incorporar nuevos sujetos, la historiografía feminista se opuso a una mirada totalizadora (masculina, heterosexual, blanca, de clase media) de los procesos históricos. La deconstrucción de ese relato histórico supuso la desestabilización de toda unidad de identidad de la sociedad o de la cultura ya que mostró la imposibilidad de encontrar una esencia de las mismas o una lógica autosuficiente (acha, 2000). Esta imposibilidad de una mirada “totalizadora” de los procesos históricos remite a la condición de carácter situado del conocimiento defendida, entre otros, por Donna Haraway (1991).

Ahora bien, si sostenemos la idea de que el conocimiento y, en tanto, las formulaciones teóricas, tienen un carácter situado ¿hasta qué punto las teorías feministas hegemónicas pensadas en –y para- las realidades europeas y norteamericanas son útiles para pensar los

⁵ Ahora bien, estas posiciones que otorgan centralidad al lenguaje y al discurso para dar cuenta de la experiencia también han sido criticadas. Aunque por fuera del campo de la Historia, desde la teoría feminista, se han propuesto otras explicaciones o interpretaciones de la experiencia que no han puesto el acento únicamente en el lenguaje. Algunas autoras como Iris Marion Young y Linda Martin Alcoff, entre otras, han retomado las tesis de la fenomenología existencialista. La fenomenología de los ‘actos’, adoptada por Edmund Husserl, Maurice Merleau-Ponty y George Herbert Mead, intenta explicar la manera en que los agentes sociales constituyen la realidad social por medio del lenguaje, del gesto y de todo tipo de signos sociales simbólicos (Butler, 1990). Por su parte, Iris Marion Young, considera que la realidad es mediada por el lenguaje y los símbolos, pero reconoce que hay aspectos de la percepción que no están constituidos lingüísticamente. Desde su lectura, la experiencia incluye los sentimientos, los motivos, las reacciones de las y los sujetos, así como la forma en que afectan y son afectados por el contexto en el que están situados. Sin embargo, para Young los sujetos no preceden a la experiencia, sino que son constituidos, productos del lenguaje y de las estructuras que los posicionan en los límites sociales y culturales. En contraste con la propuesta teóricas centradas en el lenguaje, Linda Alcoff ha sostenido que, en ciertas experiencias, hay un núcleo lingüísticamente inarticulable. Para esta autora, la experiencia en muchas ocasiones excede al lenguaje y entiende a la relación entre experiencia y discurso como imperfectamente alineados. De esta forma, estas autoras recuperan la teoría de Merleau-Ponty en que se rescata el aspecto cognitivo de la experiencia sin separar la mente del cuerpo, a lo que la teóricas feministas agregan que no sólo el conocimiento se transmite a través de la experiencia sino que la experiencia produce conocimiento (Bach, 2010).

procesos históricos de otras latitudes? Partimos de la idea de que las *experiencias* de algunas mujeres no son las de todas y, por lo tanto, las lecturas del pasado, los intereses y luchas políticas no son similares. Ahora bien ¿qué ocurre en el plano de la teoría? Como punto de partida sostendremos que no se puede hablar de *la* teoría feminista sino de *las* teorías feministas. Así como *la* mujer no existe *la* teoría feminista, como algo universal, atemporal y descontextualizada tampoco. Dentro del gran paraguas que constituye el feminismo podemos encontrar tanto teorías más cercanas a una concepción esencialista de los sujetos como aquellas que, como mostramos en el apartado anterior, en total oposición, niegan la existencia de tal sujeto unificado y centrado. Es por ellos que preferimos mantener el plural ya que nos permite mantener cierto grado de distanciamiento de las explicaciones reduccionistas y simplificadoras, además que devuelve la complejidad, diversidad y multiplicidad que ha caracterizado a la teoría feminista.

Entendemos que la incorporación del lenguaje y del discurso como dimensiones centrales para la comprensión de la construcción de subjetividades y de identidades fue una de las mayores contribuciones teórico-metodológicas que ha realizado cierto feminismo a la historiografía. Si bien muchas teóricas estaban preocupadas por las formas de construcción de las identidades de género de los sujetos, otras partieron de premisas similares para proponer el abordaje de otras identidades ancladas en diversas experiencias. De esta forma, estas teóricas feministas han contribuido al desarrollo de una práctica historiadora más crítica y compleja. En primer lugar al discutir y negar la universalidad de diversos objetos y sujetos de estudio, en segundo lugar, al exigir la incorporación de nuevas fuentes y operaciones interpretativas y, en tercer lugar, al reconocer que la práctica historiadora es ideológica y, en tanto, está situada (Acha, Basualdo, Halperin, 2000).

Tanto en el plano teórico como político, en la década del '70 las feministas negras y lesbianas acusaron al feminismo hegemónico de racista y etnocentrista al reducir el sujeto femenino a mujeres blancas, heterosexuales y (principalmente) de clase media. Asimismo, denunciaron su escasa atención a las distintas realidades materiales de mujeres blancas y negras y a las intersecciones entre clase y raza (hooks, Brah, et. al., 2004). En Latinoamérica en los últimos años se ha abierto una nueva línea de estudios dentro del feminismo con importantes diálogos con los estudios subalternos y poscoloniales y ha comenzado a hablarse de un *feminismo desde el sur*.⁶ Estas perspectivas han cuestionado las visiones feministas

⁶ Podemos enmarcar al feminismo latinoamericano dentro de un feminismo “del tercer mundo” que se propone discutir y desafiar a las teorías feministas blancas hegemónicas y a sus lecturas de las prácticas culturales de las mujeres subalternas como residuos arcaicos. Así, se busca en la Historia la fabricación de nuevas narrativas,

etnocéntricas que no habían considerado la articulación entre género y raza o entre identidades culturales e identidades de género, ni el vínculo entre el colonialismo y las prácticas e ideologías patriarcales (Suárez Navaz y Hernández Castillo, 2008).

Pensando en torno a otro problema (la historia de la India), dentro del Grupo de Estudios Subalternos, Dipesh Chakrabarty ha sostenido que, en lo concerniente al discurso académico sobre la historia, “Europa” sigue siendo el sujeto teórico soberano de todas las historias. De esta forma, todas las historias propenden a convertirse en variaciones de un relato maestro que puede denominarse la “historia de Europa”. Durante largas décadas se han creado teorías dentro de las Ciencias Sociales que abarcaban la humanidad en su integridad, ignorando tanto relativa como absolutamente a las culturas no occidentales. Sin embargo, la paradoja de las Ciencias Sociales del tercer mundo consiste en que, aún sabiéndonos ignorados, seguimos considerando útiles dichas concepciones y teorías para comprender nuestras sociedades (Chakrabarty, 2008). Sin embargo, dentro de la historiografía ha habido, aunque aislados, importantes esfuerzos por “devolver *nuestra* mirada”, la mirada del tercer mundo. Una lectura similar puede realizarse de los procesos de elaboración de teoría feminista desde los márgenes, a partir de las *experiencias* y de las *identidades* de aquellos sujetos que no habían estado en el centro de la teoría feminista hegemónica.

Este punto de nuestra argumentación vuelve sobre los planteos realizados en el apartado anterior: ¿qué experiencias?, ¿qué identidades?, ¿qué sujetos? En este punto consideramos que se da dentro del feminismo, una nueva paradoja (Scott, 2012). En su pretensión de producir teorías ancladas en realidades y contextos diversos que no tiendan a reproducir modelos y esquemas conceptuales “importados”, los diálogos con estos se vuelven, a la vez, necesarios. Para comprender la situación histórica específica de Latinoamérica, María Luisa Femenías propone recurrir al concepto “tráfico de teorías” (concepto tomado de Claudia de Lima Costa). La autora establece que, en primer lugar, las teorías viajan más fácilmente cuanto más alto en su nivel de abstracción, en segundo lugar, al atravesar territorios, lenguas, países y lecturas locales, se transforman adquiriendo componentes estructurales propios (Femenías, 2011). Así, traficar teorías implica una práctica que quiebra, en su reapropiación, los modelos originales, enriqueciéndolos. La apropiación de teorías implica un proceso de producción de nuevos significados. Gracias a los desplazamientos y a los vínculos que se

recuperando las voces que habían sido silenciadas por el discurso hegemónico y cuestionando los estatutos asumidos por la historiografía occidental. Dentro de esta línea de estudios podemos encontrar diversas autoras que, cada una desde su lugar de enunciación, han centrado sus esfuerzos en “descolonizar” el conocimiento occidental: Audre Lorde, Chandra Mohanty, bell hooks, Gayatri Spivak, Saba Mahmood, Gloria Anzaldúa, Rita Segato, entre otras (Ver: Bidaseca, 2010). No referiremos a los aportes de cada una de ellas porque excede los límites y los objetivos de la ponencia.

establecen entre las teorías y los subalternos, se produce un lugar de apropiación que da por resultado la fractura radical del discurso hegemónico originario, una revalorización y una resignificación contextualizada (Femenías, 2007). De esta forma, la teoría feminista y la teoría de género son teorías que han sido “traficadas”, en términos de Lima Costa, o que han “viajado”, en términos de Bal, en tanto sus categorías de análisis se han utilizado y resignificado en varios contextos. Particularmente, en el caso de la historiografía, se han desplazado asimismo temporalmente. Teorías o conceptos que han sido pensados en contextos sociales, espaciales y temporales determinados y para explicar procesos históricos determinados, han sido utilizadas y, en muchos casos, discutidas y reconceptualizadas por historiadores e historiadoras para aplicarlas en el estudio de distintos procesos históricos.

En este marco, el desafío más importante que han reconocido las teóricas feministas latinoamericanas reside en detectar e indagar la forma en que las intersecciones de raza, clase, religión, etnia, sexo-género potencian la exclusión y generan realidades ajenas a poblaciones con más altos grados de homogeneidad. Proponen generar teoría para comprender y desmontar los modos en que racismo y sexismo se potencian en nuestros territorios, para buscar soluciones alternativas que favorezcan el reconocimiento, distribución y convivencia (Femenías, 2007). De esta forma podría generarse un acercamiento más fiable a los procesos históricos latinoamericanos. En ese sentido entendemos que las teorías feministas que propusieron articular las nociones de experiencia e identidad, ambas atravesadas por una noción del lenguaje entendido como productor de significados a partir de los cuales se organiza y da sentido a la práctica, constituyen un importante interlocutor con el cual las teorías pensadas desde estas latitudes pueden establecer diálogos, no para utilizar sus categorías de análisis sino para de-construir las propias y para abordar las propias *experiencias* en el sentido que le da Scott, es decir, no como punto de partida del análisis, sino como objeto mismo de análisis. Y es precisamente en este punto que, entendemos, la Historia como disciplina tiene mucho que aportar.

Sin embargo, una limitación que podríamos encontrar a la aplicación de dichas teorías sobre la experiencia y la identidad se depende del interrogante en torno a cómo opera el lenguaje y el discurso en sociedades y culturas distintas de la occidental moderna (para las cuales fueron pensadas dichas teorías) y, por lo tanto, su utilidad para el abordaje de distintas realidades socio-históricas.⁷ En este punto, entendemos que estos modelos y teorías serían un

⁷ Silvia Rivera Cusicanqui propuso como metodología para el análisis histórico una *sociología de la imagen*. Para la socióloga, historiadora y activista aimara, las imágenes construyen una narrativa crítica, capaz de desenmascarar las distintas formas del colonialismo contemporáneo. En el contexto de un devenir histórico que

punto de partida, un recurso del cual pueden servirse los historiadores e historiadoras que no implicaría, necesariamente, adscribir a ellas. Las teorías deberían ser entendidas (y aplicadas) como algo que no existe en la realidad sino en la cabeza del investigador e investigadora y que no todo registro empírico necesariamente se ajusta a ellas. Así, desde nuestra perspectiva, las teorías no deberían ser descartadas de antemano pero, al mismo tiempo, tampoco se puede forzar la evidencia para que se ajuste una teoría determinada. La misma evidencia puede contribuir a la construcción de nuevas teorías y conceptualizaciones inestables que cambiarán a medida que avance (no en un sentido evolutivo) la disciplina. El vínculo entre Historia y las teorías feministas siempre ha tenido un importante sesgo político. Asumimos como principio que nuestra práctica historiadora y nuestros presupuestos teórico-políticos deben revisarse constantemente en diálogo con otras Ciencias Sociales, como una forma de avanzar en la construcción de la Historia a las que aspiramos, cuestionando, al mismo tiempo, la propia identidad que la disciplina se adjudica.

jerarquizó lo textual e detrimento de las culturas visuales, son las imágenes más que las palabras las que permiten captar los sentidos bloqueados y olivados por la lengua oficial. Para la autora, en el colonialismo la función de las palabras no es designar sino encubrir, por ello propone a las culturas visuales como potencias de interpretación, desmitificación y contrapunto de las culturas letradas (Cusicanqui, 2010).

Bibliografía

- acha, o. (2000), *El sexo de la historia. Intervenciones de género para una crítica antiesencialista de la historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- acha, o., Basualdo, V. y Halperín, P. (2000), "Historia de género y teoría social en Argentina: un examen", en acha, o., *El sexo de la historia. Intervenciones de género para una crítica antiesencialista de la historiografía*, Buenos Aires, El cielo por asalto.
- Bach, A. (2010), *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*, Buenos Aires, Biblios.
- Bal, M. (2002), "Conceptos viajeros en las humanidades", en *Estudios Visuales*, N°3, Murcia, CENDEACT.
- Bidaseca, K. (2010), *Perturbando el texto colonial. Los Estudios (Pos)coloniales en América Latina*, Buenos Aires, Editorial SB.
- Burke, P. (1987), *Sociología e Historia*, Alianza, Madrid.
- Butler, J. (1997), *Lenguaje, poder e identidad*, Madrid, Síntesis.
- Butler, J. (1998), "Actos performativos y constitución del género: un ensayo sobre fenomenología y teoría feminista", en *Debate feminista*.
- Butler, J. (2001), *Mecanismos psíquicos del poder. Teorías sobre la sujeción*, Madrid, Cátedra-Feminismos.
- Butler, J. (2005), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*, Buenos Aires, Paidós.
- Butler, J. (2007), *El género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*, Barcelona, Paidós Studio.
- Cabrera, M. (2006), "Lenguaje, experiencia e identidad. La contribución de Joan Scott a la renovación teórica de los estudios históricos", en Borderías, Cristina (ed.) *Joan Scott y las políticas de la historia*, Barcelona, Icaria.
- Chakrabarty, D. (2008), "La poscolonialidad y el artificio de la historia", en *Al margen de Europa. Pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, Barcelona, Tusquets.
- de Beauvoir, S. (2008 [1949]), *El segundo sexo*, Buenos Aires, Sudamericana.
- Eley, G. (2008), "Reflexiones", en *Una línea torcida*, Valencia, PUV.
- Femenías, M. (2007), "Esbozo de un feminismo Latinoamericano", en *Estudios Feministas*, Florianópolis, 15(1).
- Femenías, M. (2011), "El ancho mar-océano que nos une y nos separa", en *Anuario de Hojas de Warmi*, N° 16.
- Hall, S. (1992), "The question of cultural identity", en *Modernity and its futures*.
- Hall, S. (1994), "Estudios culturales: dos paradigmas", en *Revista Causas y azares*, N°1.
- Haraway D. (1991), "Manifiesto para cyborgs: ciencia, tecnología y feminismo socialista a finales del siglo XX", en *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinvención de la naturaleza*, Valencia, Cátedra.
- hooks, b., Brah, A. et al. (2004), *Otras inapropiables. Feminismo desde las fronteras*, Madrid, Traficantes de sueños.

- Jay, M. (2009), "Historia y experiencia", en *Cantos de experiencia. Variaciones modernas sobre un tema universal*, Buenos Aires, Paidós.
- Lacapra, D. (2006), *Historia en tránsito*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Rivera Cusicanqui, S. (2012), *Ch'ixinakax utxiwa: una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*, Buenos Aires, Tinta Limón.
- Rubin, G. (1986), "El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo", en *Nueva Antropología. Revista de Ciencias Sociales*, Vol. VIII, N° 30, México.
- Scott, J. W. (1992), "Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista", en *Debate Feminista*, Año 3, Vol. 5.
- Scott, J. W. (2001) "Experiencia", en *La ventana*, No. 13.
- Scott, J. W. (2006), "El eco de fantasía: la historia y la construcción de la identidad", en *La manzana de la discordia*, Vol. 4, No. 1.
- Scott, J.W. (2008), "Sobre el lenguaje, el género y la historia de la clase obrera", en *Género e Historia*, México, Fondo de Cultura Económica.
- Scott, J.W. (2012), *Las mujeres y los derechos del hombre. Feminismo y sufragio en Francia, 1789-1944*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Stedman Jones, G. (2014), *Lenguajes de clase. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)*, España, Siglo XXI.
- Suárez Navaz, L. y Hernández Castillo, R. (2008), *Descolonizando el feminismo. Teorías y prácticas desde los márgenes*, Madrid, Ediciones Cátedra.
- Thompson, E. P. (1981), *Miseria de la teoría*, Barcelona, Crítica.
- Thompson, E. P. (2012 [1963]), *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, Madrid, Capitán Swing.
- Williams, R. (2003), *Palabras clave. Un vocabulario de la cultura y la sociedad*, Buenos Aires, Nueva Visión.